



EL V. P. CRISTÓBAL DE SANTA CATALINA.

BIENHECHORES DE LA HUMANIDAD.

El Venerable Padre Cristóbal de Santa Catalina, Presbítero.

El V. varón, objeto de este artículo, aunque dignísimo de ser contado entre las personas que mas se han distinguido por su heroica caridad y beneficencia, de alguna de las cuales se ha tratado en este *Semanario*, apenas es conocido mas que en la provincia de Córdoba, por lo que nos ha parecido muy conveniente publicar, aunque breve y sucintamente, la noticia biográfica que sigue:

El V. P. Cristóbal de Santa Catalina nació en la ciudad de Mérida el día 25 de Julio de 1638, y fueron sus padres Juan Lopez de Valladolid y Juana de Orca, de ejercicio labradores, y sujetos de honestas y piadosas costumbres. El niño Cristóbal no manifestó cosa alguna extraordinaria en su puericia; mas era modesto, obediente y bien inclinado. Habiendo llegado sus padres á extrema pobreza, se ejercitaba con sus hermanos en buscar por el campo plantas comestibles para alimentarlos. Ya algo mayor, dió munes ras de crecer en las virtudes cristianas, y se llegó á descubrir que usaba de alguna mortificación. Entonces se acomodó en un hospital para servir á los pobres, y notando el rector la mucha virtud del jóven Cristóbal, le propuso abrazar el estado eclesiástico, como lo hizo; y ya ordenado de sacerdote, fué capellan de un tercio de tropas que militaba en la guerra de Portugal, en cuyo empleo manifestó un celo infatigable y una ardiente caridad para asistir á los soldados, especialmente cuando heridos en el campo de batalla, necesitaban los auxilios espirituales; por lo que era el consuelo universal del tercio. Dejó el ejército con motivo de una enfermedad, y volvió á su patria para restablecerse; y estando en ella, le ocurrió el pensamiento de retirarse á un desierto para hacer una vida mas perfecta; mas por mucho tiempo permaneció indeciso, hasta que al fin se resolvió, y se dirigió á la sierra de Córdoba y sitio nombrado el Bañuelo, donde en aquel tiempo habia un heremitorio, y allí vivió sin manifestar al principio que era sacerdote, hasta que al fin, creyendo justamente que no obraba bien en no ejercer su ministerio, lo manifestó y desde entonces se hizo el padre de aquellos anacoretas.

En este desierto hizo una vida penitentísima: y aunque tan retirado del comercio del mundo, no pudo estar oculta su virtud; pues se señalaba con sus palabras, edificaba con sus obras, y ya se vieron algunos milagros con que quiso Dios confirmarla.

Habia ya por este tiempo en Córdoba un hospital con el título de San Juan y San Jacinto para recoger enfermos que padeciesen dolencias incurables; pero muchas mujeres que por ancianidad ó accidentes estaban impedidas, morían en la mayor miseria y abandono. Llegó á noticia del P. Cristóbal la situación de estas desgraciadas, y resolvió poner los medios para remediarlas. Dejó el desierto, bajó á

la ciudad, y buscando edificio donde formar recogimiento, halló una ermita dedicada á San Bartolomé, en la cual se daba culto á Jesus Nazareno, la que tenia algunas habitaciones; pidióla á la hermandad á que pertenecía, y se la concedió sin dificultad.

Dió principio á la obra y fundacion del hospital en 11 de Febrero de 1675, y buscando pobres por las calles y casas los llevó á él, ayudando las personas caritativas con los efectos que podían. Formó dos comunidades de hermanos y hermanas; personas virtuosas y benéficas que, no por interés sino por vocacion, asistiesen á las enfermas. A estas comunidades hizo establecer una vida penitente y austera bajo la regla de la V. O. T. de San Francisco, y les prescribió un método de vida en que ejercitasen todas las virtudes. Aunque el hospital no tenia mas caudal que las limosnas, no permitía el P. Cristóbal que se pidiese hasta que asomase la necesidad, y habiendo ocurrido ocasiones en que ésta fué urgentísima, premió Dios la firmísima confianza que el P. Cristóbal tenia en su providencia, haciendo admirables prodigios, hasta multiplicar el dinero visiblemente para pagar los albañiles que trabajaban en el hospital; el trigo, en términos de durar 50 fanegas el tiempo de mas de tres años; y el aceite, teniendo no solo para el gasto del hospital, sino tambien para dar á otra casa religiosa.

No es posible hallar un corazón mas compasivo y misericordioso que el del P. Cristóbal. Tenia por suyas las necesidades ajenas, y las socorria como propias. No contento con asistir á las pobres de su hospital, que eran numerosas; socorria cuantas necesidades podia en toda la ciudad, y solia juntar muchos niños pobres que algunas veces llegaron á 200, y despues de haberlos hecho cantar algunas sencillas alabanzas á Dios, les repartía el sustento que necesitaban. Esto ocurría en años que la ciudad de Córdoba padecía grandes carestias. Consolaba á los enfermos, dábales consejos saludables, y aun el alimento con sus propias manos, siendo estas las únicas ocasiones en que no escaseaba las palabras. Fueron muchos los que, tanto en el hospital como en las casas particulares, debieron la salud milagrosamente á las oraciones del P. Cristóbal, pues se hallaban en tal estado, que no era posible la hubiesen conseguido por los medios naturales.

Para con Dios y para con sus semejantes era su caridad ardiente, su celo infatigable, su humildad profunda, su paciencia en los trabajos admirable, su pobreza rigorosa, su castidad perfecta, su oracion continua y sublime, y sus palabras contenian con el mayor lacónismo, los mas importantes documentos de la vida cristiana. Su aspecto revelaba las altas virtudes que adornaban su alma. Su semblante era modesto y bajos sus ojos sin afectacion, sus palabras medidas y apacibles, sus acciones moderadas y sin encogimiento, compuestos sus pasos y sin presuncion, sus vestidos humildes y viles sin singularidad.

Pero entre las eminentes virtudes del P. Cristóbal sobresalían la confianza en la providencia de Dios, y la mas heroica humildad, de

25 DE NOVIEMBRE DE 1853.

que toda su vida fué una continua prueba, aunque resplandecieron mas en algunas ocasiones. Continuaban las necesidades en Córdoba; un día fué á visitar al obispo D. Fr. Alonso de Salzanes, que aunque muy benéfico y limosnero, estaba fatigado de presenciar tantas miserias; pues acudían diariamente por limosna á su palacio mas de cinco mil pobres, y á la sazón estaban en él; y así que le vió el obispo, le dijo: ¿qué quiere? ¿viene á pedirme? No, señor, contestó el P. Cristóbal, sino á que si V. S. I. quiere, me envíe al hospital algunos de estos pobres y yo los cuidaré. Quedó admirado el obispo al oír tal ofrecimiento de un hombre que, en tiempo de tanta carestía y sin mas caudal que una talega al hombro, no desconfiaba mantener tantos pobres, además de los que socorría en su hospital, que solían ser mas de 130.

Digno es asimismo de referirse para dar idea del punto á que llegaba su humildad, el suceso que le ocurrió con el arzobispo de Sevilla. Determinó partir á esta ciudad con el objeto de pedir limosna para el hospital, y el obispo de Córdoba D. Fr. Alonso de Salzanes le dió una carta de recomendación para aquel prelado en que le decía que el portador era un sacerdote de gran virtud y de vida ejemplar. Llegó á Sevilla el P. Cristóbal, entregó la carta al arzobispo, leyóla, y para tentar los quilates de su virtud, lo despreció, lo trató de hipócrita, y le mandó que al punto saliese de la ciudad sin pedir limosna. El P. Cristóbal bajó su cabeza, y sin replicar salió de la presencia del arzobispo, y derechamente sin ver á nadie ni despedirse de la casa en que estaba hospedado, tomó el camino de Córdoba. Apenas salió del palacio, cuando el arzobispo mandó á un criado que tomase una mula y le siguiese, y que si salía de la ciudad, donde quiera que lo alcanzase, le dijese de su parte que se volviese. Salió el criado, y por pronto que lo hizo, no lo alcanzó hasta un cuarto de legua de Sevilla, y le dijo: «el arzobispo, mi señor le manda á Vm. que vuelva á la ciudad». Al punto que oyó el mandato, cuando volvió para Sevilla. Llegó al palacio donde le aguardaba el arzobispo, el cual se dirigió á él con los brazos abiertos, y le dijo: «abrázame, hijo mío, y esté en la ciudad el tiempo que lubiere menester, que yo le ayudaré en toda lo que se le ofreciere». Tal era la humildad del P. Cristóbal, virtud, puramente cristiana, y que para ejercitarla es necesario, no como algunos con poca piedad han dicho, ser de un ánimo vil y bajo, si no por el contrario, poseer un alto grado de magnanimidad y de fortaleza para reprimir los violentos ímpetus de la naturaleza humana, grado sin duda superior á cuantos ejemplos de estas virtudes nos ha conservado la antigüedad y la filosofía del paganismo.

Falleció de una muy breve enfermedad el 24 de Julio de 1690, á los 52 años de edad y 17 de haberse dedicado al alivio de los pobres. Así que se extendió por la ciudad la noticia de la muerte del P. Cristóbal, fué profundo el sentimiento de sus habitantes, y un gran concurso acudió al hospital para tocar el cuerpo y ver si podían adquirir alguna reliquia de sus vestidos.

Su cuerpo fué sepultado en la sacristía de la ermita del hospital, donde permaneció, hasta que en 21 de Setiembre de 1694, á petición del cabildo eclesiástico y del ayuntamiento, el Emmo. Sr. cardenal Salazar, obispo de Córdoba, dispuso trasladarlo á la iglesia y colocarlo delante del altar de Jesus Nazareno, donde permanece cubierto con una losa en que se lee el siguiente epitafio:

«Aquí yace el V. P. Cristóbal de Santa Catalina, presbítero, fundador de esta santa casa de Jesus Nazareno, que nació en Mérida en 25 de Julio de 1636 y murió en esta casa en 24 de Julio del año de 1690.»

Consérvase su retrato que solo se pudo hacer despues de muerto; pues en vida jamás lo hubiera permitido.

Así que falleció el P. Cristóbal, se creyó generalmente que el hospital se llegaría á extinguir, mas no fué así: el monumento erigido por la caridad de este insigne y virtuoso varón permaneció, y dura con muchos aumentos y en muy floreciente estado, habiéndose conservado en él el espíritu de su santo fundador.

Sirviendo este hospital de modelo, se han fundado siete en la provincia de Córdoba y Villar de Pozo-Blanco, Hinojosa, Montoro, Baena, Rambla, Luque y Castro del Rio, y otros fuera de ella, como en Málaga, Écija y Mérida, de cuyas fundaciones se principiaron algunas en vida del P. Cristóbal, y por su dirección.

Dejó el P. Cristóbal tanta opinión de santidad y milagros, que desde luego principió á clamar por la formación del proceso para su beatificación; y en efecto, el cabildo eclesiástico, movido de estos clamores, pidió en 1693 al Emmo. Sr. cardenal Salazar, obispo de Córdoba, promoviese de oficio la formación del espresado proceso; pero ignoramos por qué causa esta solicitud no tuvo efecto. Despues no se han extinguído los deseos de ver aprobada por la iglesia las virtudes del P. Cristóbal; y el Emmo. cardenal D. Luis de Belloga y Moncada, que lo trató siendo canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Córdoba, escribió al rector y comunidad del hospital á que promoviesen este negocio, hallándose en Roma en 1741. En efecto, el rector

D. José de Capilla suplicó al obispo D. Pedro de Salazar y Góngora, hiciese el proceso, y si se principió, hubo de quedar en aquel estado.

Despues el Ilmo. Sr. D. Francisco Javier Delgado, obispo de Canarias, que habia sido canónigo magistral de Córdoba, escribió á la corte de Roma en 1759, solicitando la formación del proceso de las virtudes del P. Cristóbal en grado heróico, al que se dió principio y se prosiguió á espensas del mismo Sr. Delgado, y llegó á estar muy adelantado; pero la muerte de este prelado á otras causas, hicieron que no llegase á su conclusion. En el día, segun tenemos entendido, se ha vuelto á promover este proceso, y en nuestros dias acaso, se vea en los altares al V. P. Cristóbal de Santa Catalina.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

CADENCIA SOSTENIDA.

La infinita diversidad de organizaciones y caractéres, de giro distinto que á mas que otros ha dado la educación, los sucesos, la lectura, la experiencia y otra porción de causas que sería prolijo enumerar, hace que la manera de sentir sea diferente en cada individuo de la gran familia de locos que se agita sobre este átomo de la creación que llamamos mundo. Hay quien halla consuelo en una desgracia recordándose de todos los recuerdos que pueden reproducir su imagen mas á lo vivo, y quien procure alejar de su vista todos los entes materiales, y de su imaginación todos los morales para conseguir igual resultado; cada cual adopta entre estos dos sistemas el que juzga mas adecuado á su manera de ser, el uno procurándose la insensibilidad con el uso repetido de sus estimulantes, el otro narcotizándose con la inercia de su sensorio. No es nuestro ánimo, ni menos pensarlo, el entrar aquí en una serie de reflexiones filosóficas que pudieran conducirnos demasiado lejos internándonos en tan intrincado dédalo, que á buen seguro no habíamos de encontrar Ariadna capaz de sacarnos de él. Queden para mas atrevidos Zeseos tan peligrosos ensayos, para mas competentes jueces tan difíciles deliberaciones, que nosotros hemos decidido no meternos en honduras y hacer lisa y llanamente un articulo de variedades, uno de esos platos de la comida francesa de mas vista que alimento, mas cuidados en sus formas que en su esencia. Pero como es preciso justificar el preámbulo que dejamos estampado en las anteriores líneas, diremos á nuestros lectores que aquellas reflexiones y otro millon mas de que les hacemos gracia nos vienen asaltando el magín cada vez que se presenta á nuestra memoria el recuerdo del mas suceso que ha venido á tener el *Buen Suceso* de nuestra coronada villa. Con perdon sea dicho de la utilidad y ornato público, la opinion general viste luto por ese antiguo y famoso monumento, por ese vástago arquitectónico, que deforme y mal pergeñado, era sin embargo el ídolo de los descendientes de la ballena. La Puerta del Sol sin el Buen Suceso es el espacio sin sol, es el cuerpo sin alma. Todos sin distincion los que reconocen la inconveniencia y los que niegan la utilidad de semejante mediocridad, ven con desconsuelo desaparecer una tras otra las diferentes partes de aquel todo; el grito de dolor lanzado por las seculares estatuas arrancadas de sus nichos, ha resonado en todos los corazones, la postrer oscilación de la péndola de su reloj, último suspiro de su existencia oficial, ha dejado un triste recuerdo en todas las memorias. Esta calamidad general impuesta por la utilidad pública, ha sido sentida de una manera uniforme; todo el mundo evoca sus recuerdos, que son el pasto de las conversaciones. La cuestion de Oriente y la de la Puerta del Sol, han echado sin ventajas por espacio de mucho tiempo en nuestra sociedad madrileña, y menester ha sido que las legiones del Czar, semejantes á un desbordado torrente, inundasen los principados amenazando la independencia europea para que los ánimos salieran del estupor en que les habia sumergido de muerte dictado contra el Buen Suceso y consortes. La historia de ese bisecular monumento queda al cargo de los cronistas anticuarios, y mientras ellos leen en cada escombros una de las mil glorias y vicisitudes que han cambiado su escuela y su forma, nosotros desentendiéndonos de la parte monumental, iremos á buscar en su crónica mimada una de esas tristes historias de que cada edificio ha sido teatro, y que le identifican con su existencia prestándole un colorido mas ó menos poético debido al hecho en sí mismo y á la pluma mas ó menos bien cortada de su narrador. Como la nuestra no tiene grandes pretensiones, renunciaremos de buen grado al papel de cronistas, y trasladaremos al papel el manuscríto de un antiguo portero del edificio del Buen Suceso, tal como ha llegado á nuestras manos, y sin mas alteraciones que las necesarias para no desenmascarar el anónimo de los héroes de nuestra historia.

Héle aquí:

Corra el primer tercio del presente siglo y la vigésima primavera de María. Era María una morena de negros y rasgados ojos, de macarados y menudos dientes, de esbelto y flexible talle, de luengo cabe-

llo y cortísimo pié. Revelaba su mirada todo el fuego de un corazón meridional: templado únicamente por un baño de profunda tristeza que llamaba la atención de cuantos la veían.

La historia de María era la historia de tantas otras pobres criaturas que vienen al mundo sin tener un nombre que llevar, ni una mano protectora que sienta circular por sus venas la misma sangre que corre por aquel tierno corazón. María fué encontrada en los umbrales del Buen Suceso por un anciano y caritativo sacerdote que tuvo lástima de la débil flor, y la guardó en su humilde morada con el propósito de que la embalsamase un día con la fragancia de su virtud y de su hermosura. Pero como el hombre propone y Dios dispone, Dios no permitió que se realizasen las esperanzas del buen sacerdote, y se lo llevó a mejor vida cuando la niña apenas podía mostrar su agradecimiento ni apreciar los paternales cuidados de su generoso protector.

Los últimos momentos del buen anciano fueron consagrados á su hija adoptiva, sus últimas oraciones invocaron la protección del Rey de reyes para aquella pobre niña á quien legaba todo su haber, es decir, sus hábitos y su breviario. El ama del difunto creyó hacer un buen negocio vendiendo ambas prendas en diez ducados que entregó religiosamente á María, regalándole además por su parte media docena de sillas, una mesa y dos ó tres cuadros de santos, con cuyos enseres alhajó una reducida buhardilla del Buen Suceso, donde dejó instalada á la niña abandonada á su buena ó mala estrella. El ama que no tenía por su parte medios de subsistencia, se acogió al amparo de una parienta lejana que vivía en Toledo, para cuya ciudad se puso en camino á los pocos días de la muerte de su señor.

Hé aquí á María dueña de su persona á los diez años de edad, sola, en medio de una ciudad populosa que no conocía, obligada á entrar en relaciones con una sociedad corrompida que le era enteramente extraña. La desgracia es una admirable maestra, y era María una preciosísima discípula; así fué que aprovechando los pocos conocimientos que había adquirido al lado del ama de su difunto protector, dióse tan buena maña, que á los pocos meses habíase asegurado la subsistencia con una industria que hoy pertenece únicamente á la historia y poesía, un establecimiento público en un portal de la calle del Carmen, donde se dedicaba á componer medias de seda. Verdad es que al verla tan niña pocos parroquianos se arriesgaban á encomendarla obras de consideración; verdad es que validos de sus pocos años algunos de ellos remuneraban mezquinamente su trabajo ó se negaban á pagarlo, ni poco ni mucho; verdad es que mas de una vez se retiró la niña con las lágrimas en los ojos, sin llevar á su pobre buhardilla el dinero suficiente para comprar un panecillo con que cenar aquella noche; pero aun así la orgullosa hija de Madrid se creía dichosa en medio de su independencia, y miraba con una especie de desdenosa compasión á las niñas de su edad que vivían al amparo público por no saberse buscar la vida.

A fuerza de ver finas medias y aristocráticos y elegantes piés, María llegó á hacer comparaciones con los suyos, y hallóse un día con que podían entrar en competencia con los mas bien formados de todas sus parroquianas; probóse una media de seda y un zapato de raso blanco; arregló cuidadosamente las negras trenzas de su pelo, y salió á la calle con su mejor vestido, mirándose con placer en la sombra que proyectaba su cuerpo; pues los vidrios de las antiguas tiendas no podían como hoy reproducir las formas de nuestras bellas compatriotas. La niña tenía entonces quince años; los pronósticos del buen sacerdote se habían realizado en parte: María estaba radiante de hermosura. Tanto se complacía en mirar sus diminutos piés aprisionados en el brillante zapato con tan vanidosa ostentación, hacia gala de los complicados dibujos de su ceñida media, que llama al cabo la atención de un desocupado transeunte. Éste, después de admirar no menos que su dueña las lindas medias y el ajustado zapato, y de hacer la apreciación del contenido por el continente, pasó de los piés á la cintura, y de la cintura al rostro, donde halló los dos mas hermosos ojos que había visto en su vida; y como no tenía por el momento cosa mejor en que ocuparse, dió tras la niña por esas calles siguiéndola como su sombra, y haciendo en su majin mil proyectos para poseer aquella preciosa alhaja. Era el mozo sombrerero de oficio y no de los mas lerdos en él; de manera que calculadas todas las eventualidades y dado caso que la virtud de la niña le llevase al altar, tenía en sus diestras manos medios para soportar los gastos de la vida conyugal. La niña, al cabo de recorrer Madrid en todas direcciones, volvió á la Puerta del Sol, levantó sus ojos, y viendo en el reloj del Buen Suceso que era llegada la hora de comer, dirigió á su perseguidor una mirada en que se revelaba mas satisfacción que enojo, salvó de un salto el umbral de su puerta y de cienientos los cien escalones que conducían á su buhardilla, donde entró embriagada de gozo, y sintiendo no tener un espejo bastante grande para mirarse de los piés á la cabeza. Pasado este primer deseo, tributo pagado á la vanidad femenina, asaltó su imaginación otro no menos ardiente, pero de mas probable cumplimiento; abrió la ventana de su buhardilla, y asoman

do su cabeza por encima del caballete del tejado, fijó sus ojos en la acera de enfrente; á pesar de la distancia, María reconoció al primer golpe de vista á su tenaz perseguidor, que contando sin duda con la curiosidad innata del bello sexo, esperaba ver asomar á su hermosa perseguida. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron; María tuvo un momento de enojo; su amor propio se resentía de aquella primer derrota del orgullo; pero hallaba tal encanto en dejarse admirar, que solo apeló á la fuga cuando el calor de su rostro le anunció que sus mejillas se teñían de púrpura. Cerró la ventana, comió sin apetito, pensó mucho aquella tarde, y durmió poco por la noche.

A la mañana siguiente se situó en su portal como de costumbre, pero no corrió apenas. La viveza de sus pensamientos enervaba la agilidad de sus manos, la inquietud de su espíritu quitaba el tino de sus dedos.

María, después de infructuosos ensayos, dejó la enojosa labor y levantó la cabeza. A dos pasos de ella, inmóvil como una estatua, hallábase el joven del día anterior, pálido tambien como María para dedicarse al trabajo que había abandonado como ella después de infructuosas tentativas.

(Continuará.)

ARIOSTO Y TASSO.

Todos los que están un poco versados en la literatura italiana, saben las ruidosas conmociones sucedidas en el Parnaso italiano á la aparición del *Gofredo* que salió á disputar la primacía al *Furioso*, por él hasta entonces con tanta razón poseída. Sábese cuán inútilmente hicieron gemir las prensas los Pellegrinis, Rossis, Salvatis, y otros cien campeones del uno y otro bando. El pacífico Horacio Ariosto, descendiente del ilustre poeta, se empeñó entonces en vano en poner de acuerdo á los combatientes, diciendo que los poemas de estos dos ingenios divinos eran de género tan diverso que no admitían comparación: que el Taso se había propuesto no abandonar jamás la sublimidad de la época (hablamos á los clásicos) y lo había portentosamente ejecutado: y que Ariosto había tratado y conseguido agradar á los lectores con la variedad de estilos, entreverando agradadamente lo heroico con lo festivo. Que el primero mostró de lo que es capaz la maestría en el arte; y el segundo, cuanto puede el libre proceder de la naturaleza: que el uno, no menos justamente que el otro, alcanzaban por razón los aplausos y admiración universal, llegando ambos á lo sumo de la poética gloria aunque por diferente camino y sin rivalidad alguna. Hizose tambien entonces aquella famosa distinción, mas brillante que sólida, de que el *Gofredo* es mejor poema, pero que Ariosto es mayor poeta. A pesar de todo, y después de tantos y tan empeñados choques literarios, la cuestión permanece aun indecisa, y no será yo el que ahora *ex cathedra* trate de decidirla. Pero ya que mi timidez llegue á ese punto, referiré históricamente los efectos que me ha hecho sentir la lectura de estos insignes poetas.

El espectáculo que presenta la *Jerusalén* de una grande y sola acción, propuesta con lisura, conducida con maestría, y concluida perfectamente: la magia de un estilo siempre puro, sublime, sonoro y poderoso para revestir con su propia nobleza los objetos mas comunes y humildes: la verdad y consecuencia de los caracteres; todo esto no puede menos de interesar y deleitar sobremanera á los lectores del Tasso: no puede menos de encubrir á sus ojos la lima demasiado manifiestamente empleada en sus versos, algunos conceptos inferiores á la elevación de su mente y la superabundancia retórica en sus pensamientos amorosos.

Arrastrarán siempre en el Ariosto la variedad de tantos sucesos, que reproducen y enriquecen la acción, el colorido vigoroso con que compara y describe, la seductora evidencia con que narra y persuade, la fuerza portentosa de ingenio, que lejos de debilitarse, como sucede comunmente en todo prolongado trabajo, se aumenta en él admirablemente hasta el último verso. Falta de decencia alguna vez, descuidada lima, una que otra chocarrería indignas de un gran poeta, sobrada naturalidad en los pensamientos amorosos, hé ahí los lunares que no hermosean, por cierto, la belleza del Ariosto.

Pero todo esto, se dirá, no hace á nuestro propósito. Se quiere saber solamente á cuál de esos dos poemas se debe la preeminencia. He hecho ver desde un principio mi repugnancia á decidir sobre el caso, y solo he expuesto los sentimientos que despertaron en mi ánimo esos dos poetas. Pero si yo fuese poeta, y mi destino y mi talento me llevasen á escribir un poema, antes quisiera para ello la lira de Ariosto que la de Tasso.

No soy de la opinión de aquellos que han ensalzado al *Orlando Furioso*, no solo sobre *Gofredo*, sino hasta sobre la *Odisea*; pero es cierto que culpable Ariosto de los vuelos de una ardentísima imaginación, ha sabido templarlos con la verdad de las alegorías, con finisimas sales, con el conocimiento profundo del corazón humano, y con las gracias todas del arte cómica. Los inteligentes admirarán siempre en

el *Orlando* la facilidad con que su autor pasa de lo festivo á lo serio y sublime, y de lo apacible á lo hórrido y tremendo: apenas se concibe cómo sin ser interrumpido ni un instante en las delicias que experimentan todas las facultades intelectuales, pueda el lector, encantado con voluptuosas pinturas, hallarse arrebatado de repente por aquellas pinceladas divinas, que deben llenar su alma de terror. El número y diversidad de los héroes del *Orlando*, la multiplicidad increíble de las ideas, sentimientos y pasiones que excita, la poca verosimilitud de varios incidentes, aunque bellísimos, la cantidad de los episodios, que parecen extraños á su argumento, formarían una crítica sin réplica, si estos errores no los hubiese cambiado en bellezas, el inimitable cantor con arte maravilloso. Ariosto posee como nadie aquella ciencia encantadora, con la que, en la misma variedad, en los digresiones, y por decirlo así, en los errores de su imaginación, no solo deleita, sino constantemente arrebató á sus lectores.

Estas son las causas de mi especie de preferencia al Ariosto. Además, la fecundidad y lozanía de su imaginación, encantada siempre y encantadora, debe subyugar, con preferencia al Tasso, el sentido español que tanto convenia con poetas de ese temple. Y aun por eso, en nuestros épicos, y en todos ellos sin duda, se hallan mas versos, mas incidentes, mas cosas, que nos recuerdan cierta imitación del *Furioso*: mientras que no se le vé ninguna semejanza con el *Gofredo*.

El ilustre Valbuena, por ejemplo, no solo se le asemeja en sus artificios en lo principal de la acción de su poema, mas aun en sus episodios ó digresiones. No hay fábula en que antes demostrar su fin no ponga al lector en las manos los principios de otra, de no menor deleite y gusto, dejando siempre la primera en el mayor riesgo y en lo mas apretado del nudo, y donde el deseo queda mas violentado y el deleite mas empeñado en lo porvenir: artificio poderoso á llevar entrenido hasta el fin con el natural apetito de saber al gusto mas tibio y helado que en él entrare. ¿No hace lo mismo Ariosto?

Nuestro Valbuena, como Ariosto, refiere ingeniosamente los casos maravillosos por tercera persona. Con este arte deja todo lo admirable, y al autor no fuera de lo verosímil. Porque si no le es que Gravinia se convirtiese en árbol y Estordian en gusano de sedas, lo es, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen á los otros debajo de aquella misma opinión que los oían. De este modo tejó mejor las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas.

No menos que en Valbuena encuéntrase en Ercilla, y desde la primera octava, recuerdos del *Furioso*.

Ni podía ser menos, pues que la imaginación y el brio de nuestros poetas, que no empuen á su profundidad y filosofía, se adaptan mas al género del Ariosto. Este poeta tiene además el mérito singularísimo de describir con mucha propiedad de vocablos las usanzas caballerescas, sin que este mérito le abandone jamás en todo su poema. Las palabras *palafren*, *destruire* y otras mil demostrarían esta si fuese propia de este lugar semejante cuestión filológica. El tino de nuestros poetas antiguos no desconocó este mérito del poeta italiano: estudiaronle por lo mismo con ahínco, como lo demuestran las varias traducciones españolas hechas desde el siglo XVI, las felices imitaciones que se encuentran en el *Tesoro de varias poesías de Padilla* y en otros libros nuestros. Y ahora mas que nunca parece necesario el estudio entre nosotros de un poeta romántico y caballeresco en alto grado, que tan bien sabe excitar el terror y la compasión en las narraciones trágicas y lastimosas, y que en todo el tejido de sus mágicos cantos muestra una erudición y un saber profundos en cuanto pertenece á los usos caballerescos y á los hábitos de la edad media. No hay una vez, repetimos, que no pruebe y pueda demostrar nuestro ventajoso aserto respecto del Ariosto. Su poema, pues, debe ser el diccionario enciclopédico de nuestros románticos, y el asunto de una parte de sus meditaciones predilectas. Y si á este estudio se añade el del *Orlando* de Boyardo, reformado por Berni, resaltará mas el mérito de su continuador el Ariosto.

Las expresiones de este poeta, y cien veces debiera repetirlo, no están puestas al acaso, ni elegidas por un risible capricho: su romanticismo es siempre de buena raza, ya en la erudición, ya en el arte de conmover los afectos: ni estriba solo en el uso de ciertas palabras tétricas, lúgubres, dolorosas, que ahora hace ridiculas la profusión con que se prodigan.

Ariosto era estudiado ya y tenido por un gran poeta entre nosotros, cuando se tuvo en alto aprecio por todas partes el saber español, y cuando nuestros mayores se entregaban á los severos y graves estudios.

Pero de este vacío que hay en nuestra patria, de este fastidio de logomaquias, de un cierto deseo de cosas útiles y verdaderas, hay todavía muestras en ella; y las da en ese desprecio que hace todo escrito vacío de doctrina y desnudo de ciencia, que aspira á deleitarla

con la vana pompa de los adornos; mientras ella pide á voces en sus poesías y prosas alguna cosa mas que deleite, y se vuelve en lo posible á las ciencias físicas y morales, tanto de hecho como de razonamiento, para participar de sus inmensos progresos.

Esta inclinación general, conocida ya de hoy mas por todos aquellos que estudian el adelanto moral de los pueblos, debería servir de norma á los escritores de nuestra edad para dirigir y reunir sus diversas opiniones hacia un noble y grande fin. Sirvanos de ejemplo esa misma Italia, la patria del Ariosto, que despues de cinco siglos de incertidumbre, ha vuelto á los estudios sobre Dante, ahora que una crítica filosofía comienza á alumbrar con la luz de la filología aquellas tinieblas que ofuscaron desde su nacimiento el divino poema. Y valga la verdad; los mismos coetáneos del gran poeta, interpretándole con su dialecto, no le entendieron, sino que equivocaron su generosa y sublime índole con el empeño que tuvieron en aplicar á extrañas y desusadas significaciones aquellas voces que él tomaba de las fuentes primitivas de todas las lenguas romanizadas. Si el lector no tirase al suelo sin leerlo este mal razonado artículo, yo me estendería otra vez al hablar de nuestros poetas anteriores al siglo XV sobre esta materia interesante. Ahora debo dejar esta pesada digresión.

El Ariosto finalmente, y por lo que llevo dicho, tiene el mérito para nosotros sobre el Tasso, de sernos un libro mas útil y por consiguiente mas interesante. El gusto lamido de los clásicos nos dijo, como ya se ha visto, que el *Gofredo* era mejor poema, y que Ariosto era mayor poeta; pero la depurada crítica dirá ciertamente que el mayor poeta es siempre el mejor y el que mejores poemas puede cantar. La buena lógica vale mas que un dicho brillante.

Mas no quiero, continuando, quitar al lector un tiempo que con mas utilidad y deleite, empleará en recorrer el poema del *Furioso*, donde hallará la razón de haber acabado yo este artículo porque

*Par che tutti s'allegriño ch'io sia
Venuto á fin di così lunga via.*

Nuestro Quevedo emprendió la parodia del *Orlando*, y creemos que esta habria oscurecido la obra de Ariosto, si hubiera sido concluida; tal es la gracia con que el gran poeta español se propuso ridiculizar los cuadros mejor imaginados por el célebre poeta italiano. Merecen citarse algunos versos de aquellos en que describió Quevedo las enormes figuras de los gigantes de la fábula.

Rascábanse de lobos y de osos
Como de piojos los demás humanos,
Pues criaban por liendres de bellosos
Herizos, y lagartos y marramos.

Jugaban, vez que fuerza tan ignota,
Con peñascos de plomo á la pelota.

Y luego se asomaron cuatro patas
Que dejan legua y media los zancajos,
Y cuatro picos de narices chatas
A quien los altostechos vienen bajos.
Despues por no caber entran á gatas,
Haciendo las portadas mil andrajos,
Cuatro gigantes que aunque estaba abierta
Sin calzador no caben por la puerta.

También es digna de recordarse esta comparación con que nuestro poeta ridiculiza las valientes descripciones que abundan en el italiano, y sobre todo la del cuerno de Astolfo.

Estremeciósse el monte encima á encima,
El sol dicen que dió diente con diente.
Al bronco relumbar de la bocina, etc.

Pero desgraciadamente Quevedo no terminó este curioso y festivo trabajo que para nosotros es tan superior al del Ariosto, como este poeta es superior al Tasso. Diremos, por último, que Ludovico Ariosto nació en Reggio en 1474, dejando muchísimas composiciones con que consolidó su bien adquirida fama, si bien el *Orlando* ha sido mirado con razon como su obra maestra.

Tasso, el rival de Ariosto en la poesía épica italiana, nació en 1514 y murió en 1598 agoviado, segun se dice, por las persecuciones de sus enemigos. La posteridad, que lejos de hacerse cómplice de las pasiones con que el mundo atormenta por lo comun á los grandes hombres mientras viven, sabe vengarlos despues proclamando la inmortalidad de sus obras.

ENTREGA DEL PUERTO DE LARACHE

A LOS ESPAÑOLES EN 1610.

La fuerte ciudad de Larache esta situada en la costa de Africa sobre el Océano Atlántico y pertenece al reino de Fez. Los romanos la llamaron Lixa, y J. Solino, Tolomeo y Marmol la mencionan con diferentes nombres.

Los reyes de Portugal y de España desearon apoderarse de esta plaza para seguridad de sus armadas, y por último los españoles al principio del siglo XVII aprovecharon la ocasión que se les ofreció de hacerse dueños de ella. Muley Jeque, que sucedió á Muley Hamet, con motivo de algunas alteraciones que se suscitaron contra él en su reino, se vió precisado á implorar el auxilio del rey D. Felipe III, para lo cual pasó á España, y por orden de este monarca fué hospedado en la ciudad de Carmona. Arreglados sus negocios, en remuneración del auxilio y gastos con que lo habia favorecido el rey católico para ponerlo en posesion de su reino, se convino en cederle la plaza de Larache quedando en Ceuta y Tanger dos hijos de Muley en rehenes para seguridad del tratado. Entonces mandó el rey D. Felipe que D. Juan de Mendoza, marqués de San German, capitán general de la Artillería de España saliese de Cádiz en las galeras que mandaba D. Antonio Colona, conde de Elda, para entregarse de Larache. Marchó allá el marqués, y así que se tuvo en España noticia de haber tomado posesion de ella se publicó una relacion del suceso en una hoja suelta, que era el único medio usado entonces para comunicar al público los acontecimientos importantes, la cual escrita al parecer por D. Antonio Colona era del tenor siguiente:

«El rey Muley Jeque envió á decir á los moros de Alarache que fuesen á Alcazarquivir, que les queria pagar todo el sueldo que les debia y con esta nueva partieron luego. No quedaron en el castillo sino algunos viejos impedidos y el alcaide que se llama Garni. Habiendo avisado al marqués que fuese á tomar la tenencia partió luego con las galeras y en llegando á la entrada de la barra, se alargó á la banda del poniente á una caleta de aquel cabo del castillo de Ginoveses, y mandó al sargento mayor Bastajo que 200 arcabuceros y mosqueteros saltasen en tierra y fuese á Alarache, y que en nombre de S. M. pidiese las llaves y coló luego al punto, y cuando llegó al castillo le dijo al alcaide Garni estas palabras: mande vuestra señoría entregarme las llaves de la fortaleza, que así lo manda S. A. del rey Muley Jeque; y el alcaide alzó los ojos al cielo y dijo: ¡Alá! y entregó las llaves; y luego envió los cien soldados al un castillo con otro sargento mayor, y él se quedó en otro castillo y entraron dentro, y alzaron estandarte en nombre S. M.

Llegó luego el marqués con el resto y se apoderó de todo. Esto fué sábado, día de San Esteban 20 de Noviembre. Luego partieron las galeras á entrar por la barra: fué tan grande el temporal, y marca que hubo, que estuvieron á pique de perderse. Entró la capitana y le entró un golpe de mar, y le llevó una banda con daño de muchos soldados, marineros y forzados, quebradas piernas y brazos, y algunos muertos.

Lunes 22 de este mes fui á entrar con mi navío á la barra, y nos dió un golpe de mar que por poco estuvimos á pique, fué Dios servido que pasamos la barra tocando cuatro veces con el arena.

Ahora estamos fortificando y haciendo trincheras y estacadas, por que no les ofenda la caballería: al castillo de tierra le han puesto por nombre Santa María la Mayor, y al de mar San Antonio, y á la mezquita han señalado por iglesia mayor, y otro sitio para San Francisco, y una casilla que era entierro de un moravito que está entre los dos castillos, que era entierro de los moros, le han señalado á San Agustín: en el circuito que queda cercado se puede hacer una ciudad mayor que Cádiz: coje de un castillo al otro.

En ambas fuerzas se han hallado mas de setenta piezas, la mayor parte de bronce y algunas reventadas: mucha pólvora, cuerda y balas de hierro colado, basta los aparejos de cabalgar. Son los encabalgamientos malos, que es menester echarlos otros nuevos.

El rey moro envió á decir al marqués que ya habia cumplido su palabra, que supiese guardar su fuerza, y que le diese un castillo en que recogerse, y el marqués le respondió, que él la defenderia, y que no podia dar castillo sin orden del rey de España.

El alcaide Garni no se atreve á salir fuera de Alarache de temor no le maten los moros: aquí está con toda su casa muy arrepentido, el marqués le dió cuatro mil reales de á ocho. El sitio de aquesta tierra es muy fuerte: mucho mas de lo que se decia. El castillo de la mar está sobre la misma barra, que con piedras pueden matar á quien quisiere entrar en él. Tiene un grande foso y puente levadizo, no puede ser minado porque está sobre peñas. Deste han hecho castellano á Don Pedro de Vicuña, capitán de la armada real. El castillo de tierra tambien es fuerte con un grande foso fabricado en triángulo;

la entrada del castillo tiene tres vueltas y las murallas altas, de forma que en el uno y en el otro no son de provecho escalas ni bitardas. El lugar está entre los dos castillos cercados con malas murallas, caídas y maltratadas, fácil de tomar: será tan grande como lo que está cercado en la villa de Cádiz: en saliendo el Sol le dá de frente. Cada casa tiene su jardín, una higuera, una parra, y un bancalejo para hortaliza: las casas son unos malos aposentos de barro y piedras, cubiertas algunas con tejas y otras con palmas y ramas, como casillas de cortijos: hay una larga ribera de huertas á orillas del río, y los puercos, jabalies vienen hasta las propias casas: hay muchos y muchas bellotas. El primer presente que hicieron al marqués fueron bellotas. Están hechas las paces por treinta años; que puedan los cristianos contratar en el reino de Fez, los moros en los reinos de Castilla. Los moros están aquí con nosotros y traen á vender leche, manteca, y gallinas, carne, bellotas, y todo lo venden tan caro que vale mas barato en España. Muchos moros que echaron de España están aquí, y dicen que son cristianos; con todo eso se han retirado la tierra adentro con su casas ect.—Deo gracias.—»

Tal es la relacion de la toma de Larache.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.



(Aventuras de un loco coronado.)

FABRICACION DE LOS CHALES DE CACHEMIRA.

La materia que sirve para fabricar los chales de cachemira, es una especie de vello parecido á la seda, que se halla mezclado entre el pelo de las cabras de aquella parte del Asia tan celebrada por la inimitable delicadeza de sus tejidos, que no han podido igualar hasta ahora todos los esfuerzos de los paises mas industriosos de Europa.

El gran mercado de aquella materia, á la que muy impropriamente se da el nombre de lana, se halla en Kilghet, ciudad situada á 20 dias de marcha de las fronteras de Cachemira. En ella se vende lana de dos clases, la una blanca que se presta mucho á la tintura, la otra cenicienta que se tiñe con mucha dificultad. Esta última se elabora comunmente en su estado natural. Cada cabra da al año unas dos libras de lana de cada clase. Separado con mucho cuidado el pelo con

que está mezclada la lana, se lava esta repetidas veces con agua de almidón de arroz, cuya operación se ha reconocido ser de la mayor importancia para su preparación.

Los habitantes de Cachemira atribuyen la belleza inimitable de los productos de sus fábricas á la calidad de las aguas de sus valles.

La mejor y mas hermosa lana en bruto se paga en Kilghet á una rupia (unos nueve reales y medio vellón) la libra. Cuando ya está lavada y espurgada, ha perdido una mitad de su peso, y por fin, después de hilada se vende á razón de una rupia por una cantidad de hilo equivalente al peso material de tres rupias en dinero.

Los chales que se frabrican en Cachemira son de distintas formas y de varias dimensiones. Sus guarniciones se elaboran por separado, para que puedan adaptarse al gusto de los diversos mercados adonde se destinan. Además de los chales largos ó cuadrados, se hacen con la misma lana muchos artículos de lujo, como son: telas rayadas, medias negras ó de colores, guantes, cinturones y otros. Los chales que se envían á Turquía son por lo general los mas selectos y esquisitos por su finura y excelente calidad. Con el pelo de las mismas cabras y las partes mas ordinarias de la lana, hacen alfombras, mantas, etc.

De algunos años á esta parte no tienen los chales tanto consumo como antes. Las principales causas á que se atribuye su menor demanda, son la destrucción de los genizaros, entre los cuales eran de uso general: la extincion de los reyes y corte de Caboul; la bancarrota de Luckerondec.

En tiempo de los emperadores de Mogol, la provincia de Cachemira podia tener en actividad 50,000 telares de chales. Este número fué reducido á 18 000 bajo el imperio de los príncipes Afghans. En el dia apenas llegan á 6,000 los telares que están en movimiento. Poco puede haber influido en esta notable decadencia la rivalidad de los chales fabricados en Inglaterra. Al principio de estos últimos aparecieron en la India, deslumbraron á los indígenas con la elegancia de sus dibujos y el brillo de sus colores, y muchos indios de la clase rica se apresuraron á comprarlos; pero muy pronto se disgustaron de ellos, reconociéndolos por muy inferiores á los de su propio país, en cuanto á la delicadeza del tejido y de su consistencia.

No hace mucho tiempo que un especulador inglés que habia llevado á Delhi una partida de chales fabricados en su país, bastante crecida para formar la carga de un camello, se decidió á venderlos en almoneda pública para despacharlos con mas facilidad. A duras penas llegó á vender dos ó tres chales, porque el precio ínfimo á que se pregonaban, en vez de estimular á los indios, les retraía de comprarlos. Tan cierto es que un objeto de puro lujo como un chal de la India, pierde mucho de su mérito á los ojos de los ricos consumidores, cuando por circunstancias particulares se abarata su precio hasta el punto de ponerse al alcance de las facultades de la clase media.

El valor de las clases que se exportan anualmente de Cachemira se calcula en 18 laigs de rupias ó sean unos 15 millones y medio de reales vellón.

El soberano actual de Cachimira, Runjeet Sing, percibe cerca de dos terceras partes de esta suma á cuenta de la renta ó tributo de aquella provincia, que paga unos 20 millones de reales. La cuarta parte de aquella cantidad de chales sirve para el uso particular del soberano, ó para hacer regalos á sus cortesanos. El resto se vende, y su producto va á aumentar el tesoro del príncipe.

Estos chales y los que son propiedad particular de los habitantes de Cachemira, se exportan como sigue: Bombay y la India occidental reciben por valor de unos 6.000,000 de reales: el reino de Onda y el resto del Indostan consumen por valor de unos 2 millones y medio de reales, y por fin Calcuta, Caboul, Herat y Baik por un millón y medio de reales.

Los derechos que los príncipes indios imponen sobre los chales, aumentan considerablemente el valor de estos; pero aun lo hacen subir mas los que les hacen pagar los ingleses, que son unos 352 reales vellón por cada chal.

LA CORNETA DE LLAVES

Querer es poder.
(Palabras de un ex-músico mayor).

I.

- D. Basilio, toque Vd. la corneta y bailaremos.
- Sí, sí... D. Basilio, toque Vd. la corneta de llaves!
- Traedle á D. Basilio la corneta en que se está enseñando Joaquín!
- ¡Poco vale!... ¿La tocará Vd., D. Basilio?
- No.
- ¿Cómo que no?

- Que no.
- ¿Por qué?
- Porque no sé.
- ¿Que no sabe!... ¡Habrás hipócrita igual!
- Sin duda quiere que le regalemos el oído...
- Vamos... ya sabemos que ha sido Vd. músico mayor de infantería...

—Y que nadie ha tocado hasta ahora la corneta de llaves como usted...

- Y que le han oído en palacio...
- Y que tiene una pension...
- Vaya, D. Basilio...
- Pues señor... es verdad. He tocado la corneta de llaves; he sido una... una *especialidad*, como dicen Vds. ahora... Pero tambien es cierto que hace doce años regalé mi corneta á un pobre, y desde entonces no he vuelto... ni á tararear.

- ¡Qué lástima!
- ¡Otro Rossini!
- Oh, pues esta tarde ha de tocar Vd...
- Aquí, en el campo, todo es permitido...
- Y hoy, que es mi día, sobre todo...
- ¡Viva! ¡viva! ¡Ya está aquí la corneta!
- Sí; ¡que toque!
- Un wals...
- No... una polka...
- ¡Polka!... ¡Quita allá!... ¡Un fandango!
- Sí... sí... ¡fandango! ¡Baile nacional!
- Lo siento mucho, hijos míos; no puedo tocar.
- Vd. tan amable...
- Tan complaciente...
- Se lo suplica á Vd. su nietecito...
- Y su sobrina...
- ¡Dejadme por Dios! He dicho que no toco.
- ¿Por qué?
- Porque lo he jurado.
- ¿A quién?
- A mí mismo, á un muerto y á tu pobre madre, hija mía!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras de D. Basilio.

—¡Oh!... si supierais á qué costa aprendí á tocar la corneta... añadió el viejo.

—¡La historia! ¡la historia! exclamaron los jóvenes; contadnos esa historia.

En efecto, dijo D. Basilio; es toda una historia. Escuchad.

Y sentándose bajo un árbol, rodeado de una curiosa tropa de muchachos, contó la historia de sus lecciones de corneta.

No de otro modo, *Mazepa* el héroe de Byron, contó una noche á Carlos XII, debajo de otro árbol, la terrible historia de sus lecciones de equitación.

Oigamos á D. Basilio.

II.

—Hace diecisiete años que ardía en España la guerra civil.

Carlos é Isabel se disputaban una corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en las batallas por satisfacer una ú otra ambición.

Tenia yo un amigo, teniente de cazadores de mi mismo batallón, el hombre mas cabal que he conocido... Nos habíamos educado juntos; juntos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces y juntos deseábamos morir por la libertad... ¡Oh! él era, si se quiere, mas liberal que yo.

Pero hé aquí que una injusticia cometida por un jefe en un asunto de mi amigo Ramon; uno de esos atentados á la ley que disgustan de la mas honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al teniente de cazadores abandonar las filas del ejército, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse á la facción, al subordinado matar á su coronel... ¡Buenos humos tenia Ramon para aguantarle una injusticia ni al lucero del alba!

Todas mis instancias fueron inútiles para disuadirle de su propósito; era cosa resuelta; cambiaria el chacó por la boina, odiando como odiaba mortalmente á los facciosos.

A la sazón nos hallábamos en el Principado, á tres leguas del enemigo.

Era la noche en que Ramon debía desertar, noche lluviosa y fria melancólica y triste, vispera quizá de una batalla.

A eso de las doce entró Ramon en mi alojamiento.

Yo dormía.

—Basilio... murmuró en mi oído, sacudiéndome con una mano.

—¿Quién es?

—Soy yo... adiós!

—¿Te vas ya?

—Sí, adiós.

Y me tomó una mano.

Oye, continuó, si mañana hay, como se espera, una batalla y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé; somos amigos.

—Bien: nos damos un abrazo y nos batimos en seguida. Yo moriré mañana regularmente, pues pienso no abandonar el campo hasta que mate al coronel. En cuanto á ti, Basilio, no te espongas mucho. La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte comandante, exclamó Ramon; la paga no es humo... sino ron, tabacos, muchachas. Chist, todo eso se acabó para mí.

—Jesús, qué idea, dije yo muy afectado; mañana sobreviviremos los dos á la batalla.

—Pues emplacémonos para mañana á la noche.

—¿Dónde?

—En la ermita de San Nicolás, á la una de la noche: el que no asista será porque habrá muerto. ¿No es así?

—Asimismo. Con que adiós.

—¡Adiós!

Abrazámonos tiernamente, y Ramon desapareció en las sombras de la noche.

III.

Como temíamos, ó mejor dicho, como esperábamos, los facciosos nos atacaron al otro día.

La acción fué reñidísima y duró desde las tres de la tarde hasta el anochecer.

Una sola vez vi á Ramon.

Su cabeza estaba adornada con la ancha gorra del carlista.

Ya era comandante.

Había matado á nuestro coronel.

Yo no fui tan afortunado.

Los facciosos me hicieron prisionero.

IV.

Era la una de la noche la hora de mi cita con Ramon.

Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel de..., pequeño pueblo ocupado por los carlistas.

Pregunté por Ramon y me dijeron:

—Es un valiente, ha matado á un coronel. Pero habrá perecido.

—¿Cómo?

—¡Sí, no ha vuelto del campo!

¡Ah! ¡cuánto sufrí aquella noche!

Una esperanza me quedaba.

Que Ramon me estuviese aguardando en la ermita de San Nicolás, y que por esta razón no hubiese vuelto al campamento faccioso.

—¿Cuál será su pena al ver que no asisto á la cita! meditaba yo; ¡me creará muerto! Y por ventura, ¡tan lejos estoy de mi última hora! Los facciosos fusilan siempre á los prisioneros. Mañana debo morir. Pero Ramon volverá antes. ¿Y si ha muerto hoy? ¡Dios mío! sacadme de esta incertidumbre.

Así amaneció al día siguiente.

Un capellán entró en mi prision.

Todos mis compañeros dormían.

—¡La muerte! exclamé al ver al sacerdote.

—Sí, respondió éste con dulzura.

—¡Yal!

—No: dentro de tres horas.

Un minuto después habían despertado mis compañeros.

Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prision.

V.

Un hombre que va á morir suele aferrarse á una idea cualquiera y no abandonarla mas.

Pesadilla, fiebre ó locura, esto me desquició á mí.

La idea de Ramon, de Ramon vivo, de Ramon muerto, de Ramon en el cielo, de Ramon en la ermita, se apoderó de mí de tal modo, que me quedé inánime, estúpido, como un idiota.

Quitáronme mi uniforme de capitán y me pusieron una gorra y un capote de soldado.

Así marché á la muerte con mis veinte compañeros.

Uno solo se libró del patíbulo, porque era músico.

Los carlistas perdonaban la vida á los músicos, tanto porque no les hacían daño en la lid, cuanto porque tenían necesidad de bandas de música para sus batallones.

—¿Y era Vd. músico, D. Basilio? ¿Se salvó Vd. por eso? preguntaron todos los jóvenes á un tiempo.

—No, hijos míos, respondió el veterano; yo no era músico; yo no sabía una nota de música.

Formóse el cuadro y colocáronnos en medio...

Yo hacía el número diez; es decir, yo moriría el décimo.

Entonces pensé en mi mujer y mi hija; en ti y en tu madre, hija mía.

Empezaron los tiros.

Aquellas detonaciones me enloquecían.

Tenia vendados los ojos y no veía casi á mis compañeros.

Quise contar las descargas para saber un momento antes de morir que se acercaba la mía.

Pero antes del tercer golpe de tiros perdí la cuenta.

¡Oh! aquellos fusilazos tronarán eternamente sobre mí.

Ya creía oírlos á mil leguas de distancia; ya los sentía reventar dentro de mi cabeza.

Y las detonaciones seguían.

—Ahora, pensaba yo.

Y crugía la descarga, y yo estaba vivo.

—Esta es... me dije por último.

Y sentí que me cogían por los hombros, y me sacudían, y me daban voces en los oídos.

Caí.

No pensé mas.

Entonces soné que había muerto fusilado.

(Continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El monumento de Pedro el Grande.

En el precedente número del SEMANARIO han visto nuestros lectores la hermosa estatua ecuestre del esclarecido Czar que indica nuestro epigrafe. El conde de Hoverden, promovedor decidido de las artes en la Silesia, mandó fundir al célebre estatuario broncista y cincelador C. Honsch de Breslau la estatua de Pedro el Grande, copiando el original que se halla en San Petersburgo, coronando un peñasco que pesa 12,000 quintales y fué trasportado desde Finlandia á la capital del imperio. Encabritase el caballo y con el pié de atrás pisa una serpiente. Sobre el costado izquierdo de la peña se lee la siguiente inscripcion.

PETRO PRIMO

CATHARINA SECUNDA

MDCLXXX.

LAS NAVES A PIQUE.

Escúchame por tu vida,
Valeroso castellano;
Así Dios con bien te vuelva
Venturoso al suelo pátrio,
Donde tus ojos admiren
Tus fecundísimos campos,
Las paredes de tu aldea
Y su altivo campanario.
Escucha, y el cielo quiera
Que tornes pronto á los brazos
De los que niño en la cuna
Tu puro sueño arrullaron.
¿Qué nuevas traes de la guerra?
¿Qué nuevas traes de los brabos
Que allende los mares lidian
Nuevo mundo conquistando?
¿Qué dices de aquel caudillo
Tan valiente como ingrato
Que por amor de la guerra
Mis amores ha dejado?
¿Vive?... ¿Le adora su gente?
¿Le respetan sus contrarios?

¿Conserva en su noble pecho
 La banda que le he bordado?
 ¿Sabes si de mí se acuerda?...
 ¡Si viera cuánto le amo,
 Si viera cuánto le lloro
 Pronto volviera á mi lado!
 Dime, y perdona si necia
 Te estoy enojando;
 ¿Has velado tú su sueño?
 ¿Le has estrechado la mano?
 ¿Le has sujetado el estribo
 Para subir al caballo?...
 ¿Has sentido algunas veces
 Deslizarse por sus labios
 El nombre de Catalina,
 O ya no me nombra acaso?...
 ¡Oh!... si algo sabes contesta,
 Contesta, joven bizarro,
 Y así te espere tu dama
 Con el amor que yo aguardo.
 —Por Cristo, noble señora
 Que me aflige vuestro llanto,
 Pues por su abundancia dice
 Del alma que está manando.
 Ese caudillo valiente
 Que es de los indios espanto,
 Cerró el camino á su patria
 Echando á pique sus barcos.
 —Dios mío, no, no, te engañas
 Dime que te han engañado.
 —Pluguiera el cielo, señora,
 Mas yo lo estuve mirando.
 —¿Tú lo viste?... Madre mía;
 ¡Y yo que le amaba tanto!...
 —Se amotinaron los suyos
 En pro del Adelantado,
 Y quitóles la esperanza
 Quemando velas y palos.
 —Dime como fué y no tiembles,
 Que aunque ves mi rostro pálido,
 Aun tengo sangre en las venas
 Y valor para escucharlo.
 —Pues oid. Era de noche
 Y en medio de un cielo claro,
 Amarillenta la luna
 Se columpiaba brillando.
 Todo en silencio yacía,
 Todo estaba solitario,
 Y de la playa serena
 En el tranquilo regazo,
 Blandamente se mecía
 Toda la flota de Hernando
 Y en tanto los capitanes
 Se entregaban al descanso,
 Porque siempre el sueño ha sido
 De los crímenes amparo,
 Como sombras fugitivas,
 Como espectros funerarios
 A las cubiertas subieron,
 Los fieros amotinados
 Con antorchas encendidas
 Y las dagas en las manos.
 En medio de ellos andaba
 Juan Díaz el licenciado
 Despertando á los dormidos
 Y la discordia atizando,
 Diciendo: «Viva Velazquez,
 Torced el rumbo á Santiago»
 A tales voces saqueden
 Ligero el sueño los cabos
 Y acorren á las cubiertas
 De piés á cabeza armados,
 Con las celadas corridas
 Por cubrir el sobresalto.
 Al ver airada la chusma
 Con criminal aparato,
 De prudencia revestidos
 A los ruegos apelaron,
 Porque á veces las razones
 Cambian del todo los ánimos.

Promesas, súplicas, ruegos,
 Amenazas, todo es vano,
 Que la atormenta arreciaba
 Causando tales estragos,
 Que ya andaba la licencia
 Respetos atropellando.
 De pronto en medio de todos
 Alza su gigante brazo
 El valeroso caudillo
 Con brio tan soberano,
 Que al silbido de su espada
 Que bajó el viento cortando,
 Rauda como la centella,
 Destructor como el rayo,
 La cabeza de un rebelde
 Fué por las tablas rodando.
 No en el revuelto Diciembre
 Brama con tal furia el ábrego,
 Como su acento terrible
 Retumbó por el espacio.
 —«Fuera esas armas; traidores,
 Sus, de rodillas, villanos,
 O ancha tumba es para todos
 El mar en que nos hallamos.»
 Dijo: y con un pistolete
 Puesto el cañon hacía abajo,
 A Santa Bárbara apunta,
 Y altivo esperó el amago.
 Así como con un dedo
 Calma Dios el Oceano
 Que osadamente subía
 Al cielo en ondas hinchado,
 Y luego manso se arrulla
 A sus piés como un esclavo.
 Así Hernán calmó la furia
 De sus rebeldes soldados
 Que de miedo confundidos
 A sus plantas se arrojaron.
 —¡Perdon!...

¡Hola!... ¡Al fin vencidos
 Estais á mis piés temblando!...
 ¡Aquí de mis capitanes!
 Valiente Lugo Alvarado,
 Cortad el cuello á los jefes
 Que han promovido este caso,
 Que es justo que con la vida
 Paguen delito tamaño:
 Y á ese fraile que atrevido
 La traición ha predicado,
 Atado á una lancha presto,
 Y en medio del mar dejadlo,
 Que ya cuidarán las ondas
 De conducirlo á Santiago.
 Ora vosotros, traidores,
 A la playa desarmados
 Que para siempre de España
 Voy á cerraros el paso.
 Y recogiendo las picas,
 Arcabuces y venablos,
 Libres los dejó en la playa
 Tristemente castigados.
 A poco de este suceso
 Torrentes de luz brotaron,
 Y en las llamas se envolvieron
 De las naves los pedazos.
 Yo temeroso, señora,
 Cogí una lancha, y al cabo
 De mil penas y fatigas
 Aquí llevo por milagro.»

Calló el mozo y Catalina
 Sin cuidarse del recato,
 Partiendo el aire en suspiros
 Tornóla espalda llorando.

ANTONIO HURTADO.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra